

Durante toda la tarde Jorge dió pruebas de heroísmo. No podía estar mucho tiempo en la alcoba de Luisa, porque la desesperación le agitaba en contrarios sentidos; pero iba á cada paso, le sonreía, le arreglaba la ropa de la cama con trémula mano, y cuando dormitaba, se la quedaba mirando de hito en hito, con una curiosidad dolorosa é inmoral, como queriendo sorprender en su rostro vestigios de ajenos besos, esperando que la fiebre le hiciese pronunciar un nombre ó una fecha. La amaba más desde que la suponía infiel, pero con amor carnal y pervertido. Se encerraba después en el despacho, y se movía entre sus paredes como una fiera en su jaula. Releyó la carta infinitas veces, y el mismo vil y roedor deseo de saber le atormentaba. ¿Cómo había sido? ¿Qué era el *Paratso*? ¿Había una cama? ¿Qué vestido llevaba ella? ¿Qué le decía él? ¿Qué besos le daba?

Leyó todas las cartas que recibió de Luisa en Alentejo, procurando descubrir en sus palabras los síntomas de la frialdad, las fechas de la traición. Sentía entonces por ella un odio feroz y le pasaban por la

cabeza ideas de muerte, ahogarla, darle cloroformo ó láudano. Luego quedaba inmóvil, recostado en la silla, viendo con la mirada turbia su pasado, el día de su boda, ciertos paseos con ella, las palabras que le dijo...

A veces pensaba si sería la carta una *mixtificación*. Algún enemigo podía haberla escrito y mandado á Francia. Acaso Basilio tuviese otra Luisa en Lisboa, y se equivocara al poner el sobre, escribiendo el nombre de su prima. La momentánea alegría que le daban aquellas fantasías, le hacía más cruel la realidad. Pero... ¿cómo fué? ¡Si supiera la verdad se tranquilizaría! Arrancaría de su pecho aquel amor como si fuera un inmundo parásito, y apenas ella mejorara la llevaría á un convento, y se iría él á morir lejos, á Africa. Pero... ¿quién sabría?... ¡Juliana!

¡Ella lo sabía ciertamente! ¡Todas aquellas condescendencias por Juliana, los muebles, el cuarto, los vestidos, todo se lo explicaba! ¡Pagaba la complicidad! ¡Era su confidente, llevaba las cartas, lo sabía todo!... ¡Y estaba la maldita en el hoyo, muerta, sin poder hablar!...

Sebastián fué por la noche, como de costumbre. No había luz encendida aun, y apenas entró, le llamó Jorge al despacho en silencio; encendió una bujía y sacó la carta de la gaveta:

—Lee eso— dijo.

Asombrado quedó Sebastián al ver el rostro de Jorge. Miraba la carta de Jorge y temblaba, y apenas vió la firma, sudor de agonía le cubrió el rostro. Le pareció que el piso temblaba y le hacía vacilar. Pero se dominó, leyó y dejó la carta sobre la mesa, sin decir palabra.

—Sebastián—dijo Jorge:— esto es la muerte para

mí. Tú sabes algo, Sebastián: tú venías aquí, tú lo sabes... ¡Dime la verdad!

Sebastián abrió los brazos.

—¿Qué quieres que te diga? ¡No sé nada!

Jorge le cogió las manos, se las sacudió, y mirándole amonoso:

—Sebastián—dijo—, por nuestra amistad, por el alma de tu madre, por tantos años que hemos pasado juntos, ¡dime la verdad, Sebastián!

—No sé nada... ¿Qué quieres que sepa yo?

—¡Mientes!

—¡Te pueden oír, hombre!—murmuró Sebastián.

Hubo una pausa. Jorge se apretaba las sienes con las manos; paseaba por el despacho, haciendo temblar el piso, y de pronto se puso ante Sebastián, en ademán suplicante:

—¡Dime al menos lo que hacía! ¿Salsa? ¿Venía alguien?

Sebastián respondió con los ojos fijos en la luz:

—Venía alguna vez el primo, al principio, y cuando estuvo enferma doña Felicidad, iba ella a verla. El primo se marchó después... no sé nada más.

Jorge miró un momento a Sebastián fijamente.

—Pero ¿qué la he hecho yo, Sebastián? Yo, que la adoraba; ¿qué la hice para obrar así?... ¡Yo que adoraba a esa mujer!

Rompió a llorar, y Sebastián se quedó junto a la mesa, anonadado.

—Fué una locura...—murmuró.

—¿Y lo que dice la carta?—gritó Jorge, volviéndose colérico y agitando el papel—. ¡Este «Paraíso», estas «hermosas mañanas» pasadas allí! ¡Es una infame!

—Está enferma, Jorge—se atrevió a decir Sebastián.

Jorge no contestó. Paseó algún tiempo en silen-

cio, mientras Sebastián miraba inmóvil la luz de la bujía. Jorge guardó la carta en la gaveta, y; cogiendo la palmatoria, dijo con entonación de laxitud lúgubre y resignada:

—Vamos a tomar té, Sebastián.

No volvieron a hablar de la carta.

Aquella noche durmió profundamente Jorge, y a la mañana siguiente tenía el rostro impassible y de una serenidad lívida.

Fué en lo sucesivo el enfermero de Luisa. La enfermedad se fijó, después de una incierta marcha de tres días; eran fiebres. Adelgazaba mucho; pero Julián estaba tranquilo.

Jorge pasaba los días a su lado. Doña Felicidad iba casi siempre por la mañana, se sentaba al pie de la cama y allí se estaba callada y con el rostro aviejado; aquella esperanza de la mujer de Tuy, tan súbitamente destruída, la dislocó, como a un edificio al que se quita de pronto una piedra del cimiento; se iba arruinando, y sólo se animaba cuando veía entrar al Consejero, a eso de las tres, a saber de «nuestra hermosa enferma». Decía siempre alguna cosa profunda con su tono grave, con el sombrero en la mano, y sin querer entrar en la alcoba, por pudor.

—¡La salud es un bien que sólo apreciamos cuando huye!

O bien:

—La enfermedad sirve para probar a los amigos.

Y concluía así:

—Querido Jorge: pronto el carmín de la salud coloreará las facciones de su virtuosa esposa.

De noche dormía Jorge vestido sobre un colchón en el suelo; pero apenas cerraba los ojos una o dos horas. El resto de la noche procuraba leer: empe-

zaba una novela, pero no pasaba de las primeras líneas; olvidaba el libro y con la cabeza entre las manos, pensaba siempre en lo mismo... ¿Cómo había sido? Reconstruía aproximada y lógicamente algunos hechos: veía llegar á Basilio, visitarla, desearla, mandarla ramos, perseguirla, ir á verla aquí y allá, escribirla... ¿Y luego? Comprendió que el dinero era para Juliana. ¿Tuvo alguna exigencia? ¿Les había sorprendido? ¿Poseía cartas? Encontraba en aquella reconstrucción dolorosa algunos vacíos, como agujeros sombríos en que se anegaba penosamente su alma. Recordaba los últimos meses desde su vuelta de Alentejo, y lo amante que ella se mostraba, sus caricias ardientes... ¿Para qué engañarle?

Una noche rebuscó, con precauciones de ladrón en las gavetas de ella; registró los vestidos, y hasta los pliegues de la ropa blanca, y en las cajas de cuellos y encajes; miró hasta el fondo, el cofre de sándalo... Estaba vacío; ni aun tenía una flor marchita. Otras veces removía los muebles del cuarto y de la sala, sondándolos como si quisiese descubrir las huellas del adulterio. ¿Se habrían sentado en ellos? ¿Se arrodillaría allí, á los piés de ella, sobre la alfombra?

Sobre todo, aquel largo y cómodo divan le irritaba, y llegó á odiarlo. Llegó también á odiar la casa, como si aquellos techos que les habían cubierto, y aquellos pisos que les sirvieran de sustento, hubiesen sido conscientemente culpables; pero lo que más le atormentaba eran aquellas palabras: el *Paraiso... las hermosas mañanas...*

Luisa dormía entre tanto tranquila. Al fin de la semana desapareció la fiebre, pero estaba muy débil; y el día que se levantó por primera vez, se des-

mayó dos veces: necesitaba ayuda para vestirse y para ir hasta la *chaisse-longue*, sin que quisiese á nadie más que á Jorge, allí, junto á ella, con exigencia de niño. Parecía recibir la vida de sus ojos, y la salud de sus manos. Le hacía leer el periódico por la mañana, y que escribiese junto á ella. El obedecía, y aquellas tiranías eran para su dolor como dulcísimas caricias, porque la amaba mucho.

Sentía maquinalmente como ráfagas de felicidad. Se sorprendía diciéndola ternezas, riendo con ella, olvidado de todo, como antes. Tendida en la *chaisse-longue*, recorría Luisa contenta volúmenes antiguos de la *Ilustración francesa* que remitió el Consejero, y en donde—según dijo—podía adquirir útiles nociones sobre acontecimientos históricos, al tiempo que se deleitaba con los grabados. Otras veces, con la cabeza reclinada, saboreaba la dicha de estar mejor, de verse libre de la tiranía de la *otra*, de las amarguras del *pasado*.

Una de sus alegrías era ver entrar á Mariana con su almuerzo sobre la bandeja; tenía apetito, y saboreaba con delicia la copa de vino de Oporto que Julián prescribió: si no estaba Jorge, echaba grandes párrafos con Mariana, en voz baja, consolada y goloseando gelatina.

A veces hacía proyectos en silencio, y con los ojos fijos en el techo... Iría un par de semanas al campo para restablecerse, y á la vuelta empezaría á bordar tiras de casimir para forrar la sillería de la sala, porque quería ocuparse mucho de la casa y vivir recogida; él no volvería al Alentejo ni saldría de Lisboa... ¿verdad? La vida sería así en lo sucesivo dulce y fácil.

A veces hallaba á Jorge preocupado. ¿Qué tenía? El se disculpaba con la fatiga y las malas noches.

Si enfermase, le decía que fuese cuando ella estuviera ya fuerte para cuidarle y velarle. Pero no enfermaria, ¿verdad? Le hacía sentar á su lado, le pasaba la mano por los cabellos, con la mirada dulce, porque con las fuerzas que volvían renacía el impulso de su amoroso temperamento. Jorge sentía que la adoraba, y esto le hacía más desgraciado.

A solas consigo misma, tomaba otras resoluciones. No volvería á ver á Leopoldina, y frecuentaría las iglesias; salía de la enfermedad con un vago sentimentalismo devoto. Cuando tenía fiebre, en ciertas pesadillas de que le quedaba una idea, se veía á las veces en un lugar pavoroso, en el que surgían cuerpos que retorcían los brazos en medio de rojas llamas; formas negras, que giraban; rugidos de agonía, que subían al cielo; ya le tocaban en el pecho lenguas de fuego, cuando de pronto le refrescaba algo dulce é inefable:... eran las alas de un ángel luminoso que la cogía en brazos, y se sentía subir apoyando la cabeza en el divino seno, que la infundía felicidad sobrenatural, y veía junto á sí las estrellas, y oía ruido de alas. Aquello la dejaba una impresión melancólica del cielo. Aspiraba á él, y esperaba ganarlo con la puntualidad en la misa y los votos á la Virgen.

Una mañana entró en la sala por vez primera, y abrió el piano. Jorge miraba á la calle por la ventana, cuando ella le llamó sonriendo.

—Se me hace antipático ese diván—dijo.—Podíamos quitarlo de ahí; ¿no te parece?

Jorge sintió una punzada en el corazón: no contestó al pronto; pero se dominó, y dijo:

—Me parece bien...

—Tengo ganas de quitarlo—repuso ella, saliendo de la sala arrastrando la larga cola de su bata.

Jorge empezó á tener una resignación sombría: cuando la oía gozar con los futuros arreglos, y hablar contenta de futuras venturas, se decidía por destruir la carta, y olvidarlo todo. Ella estaba de seguro arrepentida, y le amaba... ¿Por qué crear á sangre fría una perpetua infelicidad? Pero cuando la veía con sus movimientos lánguidos extenderse en la *chaise-longue*, ó, al despedirse mostrar la blancura de su cuello, pensaba que aquellos brazos habían estrechado á otro hombre, y gemido de amor aquella boca en ajeno lecho..., le invadía una oleada de cólera brutal, y se alejaba para no ahogarla...

Empezó á decir Jorge que se encontraba mal, y los inquietos cuidados de ella y las mudas preguntas de sus ojos, le hacía más infeliz porque se sentía amado cuando sabía que había sido vendido.

Un domingo dió ya permiso Julián para que Luisa hiciese por la noche los honores de la casa. Fué para todos un placer verla en la sala—un poco pálida y delgada aun, pero, como dijo el Consejero, restituida á los deberes domésticos y á los goces de la sociedad.

Julián, cuando llegó, á las nueve, la halló bien, y abriendo los brazos en medio de la sala, exclamó:

—¿Qué me dicen ustedes de la novedad? La buena pieza de Ernesto tuvo un triunfo.

Así lo había leído. *El Diario de Noticias* decía que “el autor fué llamado al próscenio en medio del mayor entusiasmo, y recibió una hermosa corona de laurel.” Luisa dijo que quería ver la obra.

—Más tarde, doña Luisa, más tarde—dijo el Consejero.—Conviene evitar ahora toda conmoción fuerte. No dejaría de llorar; conozco su buen corazón, y esto podría producir una recaída. ¿No es cierto, amigo Julián?

—Cierto, Consejero, cierto... Yo también quiero ir, convencerme por mis ojos...

El ruido de un coche á trote largo, que se detuvo á la puerta, les interrumpió, y la campanilla sonó con fuerza.

—¡Apuesto á que es el autor!—dijo Julián.

Casi inmediatamente se precipitó en la sala la radiante figura de Ernestillo, de frac; todos se levantaron, y le abrazaron ruidosamente; ¡mil enhorabuenas! ¡mil enhorabuenas! Y la voz del Consejero, dominando á las demás, exclamó:

—¡Bien venido el aplaudido autor! ¡Bien venido!

Ernesto estaba sofocado de júbilo. Tenía una sonrisa muda; las ventanas de la nariz se le dilataban, como para respirar incienso; el pecho hinchado de orgullo; movía la cabeza sin parar, como en instintivo agradecimiento á las multitudes que vitoreaban.

—¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy!—dijo.

Sentóse sofocado, y con la manera amable de un buen chico, declaró que los últimos ensayos no le habían dejado tiempo para ir á ver á su prima Luisa. Aquella noche había podido pasar un rato libre; pero tenía que volver al teatro á las diez; aun no había cenado...

Contó prolijamente el triunfo. Al principio tuvo grandes dolores de vientre... ¡Todos los tenían! ¡Los más acostumbrados á ello, los más ilustres! Pero apenas Campos dijo el monólogo del primer acto... ¡Y cómo lo dijo! Había que oírlo. ¡Una cosa sublime! Se rompió el hielo. Había gustado todo, y al final era aquello un escándalo: llamadas al autor, tempestad de aplausos. El salió á escena á la fuerza; no quería; pero Jesuina por un lado, y María Adelaida por otro... ¡Un delirio! Saavedra, el del *Siglo*, le dijo: "Es usted nuestro Shakespeare." Bastos, el de

*La Verdad*, añadió: "Es usted nuestro *Scribe*." Hubo cena después, y le regalaron una corona.

—¿Y le sirve?—preguntó Julián.

—Sí; un poco ancha...

El Consejero dijo con autoridad:

—Los grandes autores, el insigne Tasso, nuestro Camoens, están representados con sus coronas respectivas.

—Yo se lo aconsejo, señor Ledesma—dijo Julián, levantándose y dándole en el hombro—hágase usted retratar con la corona.

Todos rieron; y Ernestillo un tanto amoscado y desdoblado el perfumado pañuelo:

—El señor Zuzarte no deja su pullita.

—Esa es la prueba de la gloria, amigo mfo. Los generales victoriosos en la antigua Roma llevaban al lado un esclavo mordaz.

—Creo—dijo Luisa risueña—que esto es un honor para la familia.

Jorge fué de la misma opinión. Paseaba fumando, y dijo que gozaba tanto con la corona, como si tuviese derecho á llevarla.

Ernestillo se volvió á él.

—¿Sabes que por fin la perdoné, primo Jorge? Perdoné á la esposa...

—Como Cinto...

—Como Cinto—afirmó Ernestillo satisfecho.

Doña Felicidad lo aprobó.

—Ha hecho usted muy bien; es más moral.

—Jorge es el que quería que diese fin de ella—dijo Ernestillo, riendo tontamente.—¿No se acuerda usted, aquella noche?...

—Sí, sí—dijo Jorge nerviosamente.

—Nuestro querido Jorge—dijo solemnemente el Consejero—no podía insistir en tan extremas ideas,

y de seguro que la reflexión y la experiencia de la vida...

—Mudemos de tema, Consejero — interrumpió Jorge.

Y entró en su despacho bruscamente.

Sebastián entró, inquieto, detrás de él. Estaba a oscuras.

—¿No callarán esos idiotas? ¿No se irán?—dijo roncamente, cogiendo a Sebastián del brazo.

—Cálmate.

—¡Oh, Sebastián, Sebastián!—añadió, sonándole a llanto la voz.

Luisa dijo desde la sala:

—¿Qué conspiran ustedes ahí, a oscuras?

Sebastián salió diciendo:

—No es nada; estábamos allí dentro.

Y añadió bajo:

—«Jorge está fatigado y un poco delicado».

Cuando volvió a salir, tenía el aire de hombre fatigado.

—No me siento bien, realmente. Estoy algo molesto...

—Y la débil doña Luisa necesita el reposo de su lecho—añadió el Consejero levantándose.

Ernestillo, que no podía detenerse más, ofreció a Julián y al Consejero «su carruaje, un modesto coche, si iban hacia abajo».

En tanto que doña Felicidad se arreglaba, bajaron los tres.

En medio de la escalera se detuvo Julián, y se cruzó de brazos.

—He aquí que voy entre los representantes de los grandes movimientos de Portugal desde 1820. La literatura—y se inclinó ante Ernestillo—y el constitucionalismo — añadió, haciendo lo propio ante el Consejero.

Los dos rieron la lisonja.

—¿Y el amigo Zuzarte?

—¿Yo?—añadió bajando la voz. — Hace algunos días era un terrible revolucionario, y ahora...

—¿Qué?

—Un amigo del orden — exclamó alegremente.

Y bajaron contentos de sí mismos y de su patria, para entrar en el coche del *grande hombre*.